

uno en el otro. El liberalismo desorientado estaba desatando fuerzas que no podría controlar, engendrando un nacionalismo que se volvería años después, por su propia lógica interna, en el enterrador del régimen liberal.

El ascenso de Hitler, la guerra civil española, la Segunda Guerra Mundial, y al fin la irrupción del peronismo que era a la vez una forma vernácula del fascismo y una derivación inesperada del nacionalismo liberal, provocaron la división de las aguas, y los límites entre liberalismo y nacionalismo se hicieron más nítidos. En tanto los nacionalistas se volvieron, casi sin excepción, fascistas, la guerra y el amor por los ingleses permitió a los liberales, quizás por última vez, un papel progresista y democrático en la lucha antifascista. La gente de *Sur* se ubicó inequívocamente de este lado. Borges, rechazando parte de su pasado, no extrajo las mismas conclusiones políticas de algunos de sus admirados autores. Con respecto a Thomas Carlyle supo reconocer que su teoría política «cabe en una sola y muy divulgada palabra: nazismo»⁵⁶ y se apartó de él «por ser uno de los padres o precursores del nazismo»⁵⁷. Hizo en «Guaquil» la sátira de Martin Heidegger y de su admiración por el *Führer* «el protagonista, el corega, el David danzante, el que mima el drama de su pueblo, asistido de pompa escénica y recurriendo sin vacilar a las hipérbolos del arte oratorio»⁵⁸. En «Deutsches Requiem»⁵⁹ mostraba a un intelectual nazi lector de Schopenhauer, Nietzsche y Spengler, a la manera de Ernst Jünger. Éste fue sin embargo otra de sus admiraciones tempranas. La lectura de *Tormentas de acero*, exaltación de la guerra, traducido en 1922 por encargo del ejército argentino, fue para Borges «una erupción volcánica». Su interés no decayó a lo largo de los años, al punto que en su viaje a Alemania, en 1982, declaró que allí «sólo tenía que hablar con Jünger», lo que así hizo. No sólo la deuda común con Schopenhauer sino el culto al coraje y a la pelea como una ceremonia ritual, unía a esos dos hombres sin embargo tan distintos. Como Jünger, Borges tenía «la convicción de que pelear puede ser una fiesta»⁶⁰ y seguramente envidiaba al alemán por haber sido un auténtico guerrero. Es fácil imaginar que la guerra fue el tema de conversación en este memorable encuentro. La celebración de la guerra había sido rastreada por Borges en las literaturas antiguas, en *La Ilíada*, en las sagas germánicas primitivas, en la gesta de Beowulf, en la poética escandinava del siglo XI, en las Eddas, un paraíso guerrero «cuya delicia está en el combate»⁶¹, y hasta en Víctor Hugo. Solía decir que lo que le gustaba en

⁵⁶ Prólogos, ed. citada, pág. 35.

⁵⁷ *Entrevisa de Ronald Christ*, edición citada.

⁵⁸ El informe de Brodie, en O.C., pág. 1063.

⁵⁹ El Aleph, O.C., pág. 576.

⁶⁰ Evaristo Carriego, O.C., pág. 161.

⁶¹ Antiguas literaturas germánicas, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

la literatura era la épica. Incluso prefirió encontrarle al tango una «belicosa alegría», un «tono pendenciero» antes que erótico. Haga la guerra y no el amor, podría haber sido su consigna. La fascinación por «la dura y ciega religión del coraje» era tal que en sus conversaciones con Richard Burgin llegó a reconocer admirativamente la valentía de Hitler⁶².

No obstante, nunca dio el paso que llevaba de Schopenhauer y la poesía romántica alemana al mesianismo wagneriano y al nihilismo de Nietzsche y de éstos al existencialismo heideggeriano, a todas las formas de neorromanticismo, a todas esas perversas corrientes irracionistas apocalípticas por las que correría tanta tinta y tanta sangre. En 1945, a la terminación de la Segunda Guerra Mundial, consecuencia en parte de movimientos políticos que habían tenido en estas filosofías irracionistas su fuente de inspiración, Borges proponía a los hombres «la lucidez en una era bajamente romántica, en la era melancólica del nazismo» y advertía contra aquellos escritores dedicados «a escuchar los latidos de un corazón que recoge los íntimos mandatos de la sangre y de la tierra». A «un siglo que adora los caóticos ídolos de la sangre, de la tierra y de la pasión», oponía «los lúcidos placeres del pensamiento y las secretas aventuras del orden»⁶³. Todavía, no obstante, incurrió en una confusión: el modelo de racionalidad clásica que oponía al romanticismo nazi era Paul Valéry, omitiendo que éste había simpatizado con Mussolini, con Oliveira Salazar y con el mariscal Pétain.

Él mismo se arrepentía de haber «contribuido sin saberlo y sin comprenderlo a esa exaltación de la barbarie», con su culto al coraje y su idealización de los cuchilleros. Su escepticismo, su liberalismo, su cultura anglosajona, su desprecio por lo patético y lo sentimental, deben haber influido en su rechazo del fascismo así como también su elitismo, su aristocratismo ilustrado, incompatible con la «revolución de derecha», con la movilización política de masas en que se basan los movimientos totalitarios. En ese aspecto, sus motivaciones serían las mismas que lo llevaron al desprecio por la democracia de masas, y allí puede estar la clave de la aparente contradicción de su antifascismo y a la vez su adhesión a dictaduras militares tradicionales que, a diferencia del fascismo, no buscan la adhesión emocional de las masas. De todos modos, estas actitudes de Borges muestran que debe diferenciarse en el pensamiento de derecha, al conservadorismo del fascismo, dos posiciones distintas y en algunos casos aun opuestas, y que frecuentemente la crítica progresista tiende a confundir, incurriendo en el paralogismo de deducir de algunos aspectos en común la concordancia en el conjunto. Incluso el conservadorismo

⁶² *Richard Burgin, Conversations with Jorge Luis Borges, New York, Richausdt and Winston, 1968. Conversaciones con Jorge Luis Borges, Madrid, Taurus, 1974, pág. 139.*

⁶³ *Otras inquisiciones en O.C., pág. 687.*

puede ser a veces moderadamente progresista en tanto que el fascismo es reaccionario bajo la forma de la revolución. El lado liberal, a la manera del siglo XIX, republicano, laico, del conservadorismo de Borges, lo llevó finalmente a rechazar las dictaduras y la guerra y aceptar las democracias plebeyas a partir de 1983, aun cuando es arriesgado afirmar que ésta habría sido su posición política definitiva.

Irracionalismo y racionalismo

La sociedad argentina, como remanente del fascismo, caería a mediados de siglo en un nacionalismo xenófobo, en un provincialismo resentido exaltador del pintoresquismo folclórico y obsesionado por la defensa de una identidad cultural supuestamente amenazada por un complot extranjero. Borges fue una voz disonante. En una conferencia de 1951 –pleno auge del peronismo– se preguntaba: «¿Cuál es la tradición argentina? Creo que podemos contestar fácilmente, es toda la cultura occidental y creo que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental»⁶⁴. Esa apertura a todas las culturas, ese anhelo de asimilar el acervo de todo el mundo, la idea de que la cultura europea es la forma histórica, clásica, universal del mundo moderno, y los americanos, los argentinos somos sus herederos directos, fue una actitud en la que Borges, Victoria Ocampo y la gente de *Sur*, coincidían con otros intelectuales latinoamericanos como Alfonso Reyes, continuando la mejor tradición cultural de la *intelligentsia* del siglo XIX de Argentina –la generación del 37, Sarmiento, la generación del 80–, de América Latina, –y también de Europa Oriental, Rusia y aun de China–, para quienes el «europeísmo» o el «occidentalismo» era el medio de salir del atraso cultural de sus países. Buenos Aires gozaba al respecto de condiciones particulares; no existían grandes culturas precolombinas ni tampoco una importante sociedad colonial hispánica, y en cambio atrajo a grandes corrientes inmigratorias europeas desde fines del siglo XIX, a las que se sumarían luego los exiliados de las guerras y persecuciones políticas del siglo XX. Esto hizo que, a pesar de su desfavorable situación geográfica, Buenos Aires llegara a constituirse en un cruce de caminos de diversas culturas, del que Borges fue una expresión.

Simétricamente a la oscilación entre liberalismo y nacionalismo, se dio en Borges la indecisión entre racionalismo e irracionalismo. Mezclada con la veta irracionalista, la de su lado nacionalista, belicista, cultor del coraje, hubo en él otra, racionalista, que le venía de la influencia de su

⁶⁴ «El escritor argentino y la tradición» en *Discusión*. O.C. pág. 267.